

Tanja Gouda, **Der Romanisierungsprozess auf der Iberischen Halbinsel aus der Perspektive der iberischen Kulturen**. Antiquitates. Archäologische Forschungsergebnisse, tomo 54. Editorial Dr. Kovač, Hamburgo 2011. 620 páginas con 109 ilustraciones.

Esta obra es el resultado de una tesis doctoral defendida en 2010 en la Ludwig-Maximilians-Universität Múnich. Su título revela el objeto del estudio y el enfoque particular de la investigación: se trata de analizar el proceso de romanización de la Península Ibérica desde la perspectiva de las culturas ibéricas. En este posicionamiento que la autora asume radica el interés y la originalidad de su trabajo.

El tema es amplio y complejo por varias razones. Las principales dificultades que plantea son, por un lado, la gran cantidad de documentación arqueológica que debe ser sometida a análisis y, por otro, la necesidad de establecer un marco conceptual que guíe de forma satisfactoria el discurso histórico. En concreto, se impone como paso previo una reflexión teórica sobre el concepto historiográfico de la ›romanización‹.

En línea con las tendencias revisionistas modernas en torno a este concepto, Tanja Gouda rechaza la existencia de un fenómeno de aculturación consciente y unidireccional, impulsado desde Roma hacia las sociedades indígenas. Frente a esta concepción reduccionista y ya desfasada de la romanización, la autora propone valorar la existencia de complejos procesos de interacción de las culturas locales con la romana y, como consecuencia de los mismos, una pluralidad de reacciones y cambios culturales.

Se entiende así la necesidad de centrar la investigación en zonas concretas, analizando los contextos geográficos e históricos de los pueblos que en ellas habitaron y las mutaciones producidas a raíz de sus relaciones con Roma. En este tipo de análisis los procesos de cambio autónomo de las culturas indígenas deben ser tenidos en cuenta, así como también la propia evolución de la cultura romana y su etapa formativa durante la República.

Esta última cuestión está de hecho en el centro del debate. Gouda asume que Roma no difundió desde el inicio de su experiencia imperialista una identidad cultural determinada que habría sido recibida con distintos grados de éxito e intensidad en los territorios sometidos. Por el contrario, considera que las bases de la cultura provincial romana se gestaron en época republicana, precisamente a raíz de los contactos de Roma con las distintas etnias que fueron integradas en las provincias. Sólo más tarde, desde Augusto y coincidiendo con el inicio del período imperial, los elementos definitorios de la cultura romana habrían quedado establecidos de forma más o menos estable, y como tales habrían sido difundidos en los distintos espacios provinciales.

Teniendo en cuenta estas bases teóricas de la investigación, la Península Ibérica aparece como un ámbito geográfico idóneo para desarrollar el tema de la romanización desde el punto de vista de las culturas locales. En concreto, la autora se ocupa de los íberos entendidos en el

sentido restringido al que se refieren las fuentes antiguas, esto es, no se trata de todos los pueblos de Iberia, sino sólo de aquellos que habitaron en la zona meridional (en torno a la cuenca del Guadalquivir), Levante español y Sur de la región francesa de Languedoc-Rosellón. La relativa unidad cultural de este grupo étnico se observa, entre otros aspectos, en el uso común de la lengua ibérica, cuyo origen no indoeuropeo marca una neta diferencia con el grueso de las lenguas paleohispánicas.

En cuanto al ámbito cronológico de la investigación, ésta abarca los dos últimos siglos antes del cambio de era: desde los inicios de la dominación romana en la zona ibérica hasta el final de la República.

Dos características interesan especialmente de este escenario histórico: su temprana incorporación al Imperio romano y los contactos previos de los iberos con otros pueblos externos del Mediterráneo, como fueron los fenicios, púnicos y griegos. Esta situación plantea de entrada varios posibles interrogantes. ¿En qué sentido las dinámicas de cambio social y cultural iniciadas en época prerromana fueron alteradas por la entrada de Roma en escena? ¿Cómo interactuaron en las distintas zonas ibéricas los elementos culturales romanos con las tradiciones autóctonas e importadas? ¿En qué medida la experiencia hispana sirvió para inventar procedimientos de integración que luego serían reproducidos en otros lugares? Dar respuesta a éstos y otros interrogantes supone profundizar en la génesis de Hispania como provincia romana y, más allá de este objetivo concreto, reflexionar sobre la dimensión esencialmente cultural del fenómeno histórico que llamamos «romanización».

La metodología seguida por Gouda está supeditada a los objetivos de la investigación y a las fuentes que han sido utilizadas. El estudio se centra en la documentación arqueológica y, de forma secundaria, en otras fuentes directas, como la numismática y la epigrafía. También en este caso la elección del tipo de fuentes está motivada. La autora pretende compensar la sobrevaloración de los textos literarios propia de la historiografía tradicional. Ésta habría favorecido, a su juicio, el análisis de la perspectiva romana y una deformada interpretación de la política activa de Roma hacia la romanización de las provincias. El contrapunto es buscado por ello en las evidencias materiales.

Aunque sin duda resulta excesivo considerar que el testimonio de Estrabón sobre la completa aculturación romana de los iberos de Turdetania (3.2.15) respondía a la propaganda de Roma («seine Bewertung entsprach eher der römischen Propaganda», p. 449), en general los motivos argumentados por Gouda para dejar de lado las fuentes literarias y concentrarse en la arqueología son coherentes con los fines de su investigación.

La documentación arqueológica, sin embargo, también plantea grandes limitaciones que deben ser tenidas en cuenta. En primer lugar, por su propia naturaleza la arqueología privilegia el estudio de los aspectos materiales de la cultura, mientras que los de carácter inmaterial permanecen ocultos o son difíciles de percibir. A esto se añade que los registros arqueológicos son fragmen-

tarios y apenas documentan productos elaborados con materiales perecederos o fácilmente degradables, como la madera, el cuero o las fibras vegetales. El cuadro final es necesariamente incompleto y no garantiza que la perspectiva indígena pueda ser captada ni de forma fiable ni en toda su dimensión. Por otra parte, identificar los indicadores materiales de las identidades étnicas, incluida la romana, es una tarea compleja y demasiado subjetiva. La abundancia de restos arqueológicos conservados implica, además, una comprometida selección de testimonios juzgados como significativos. Todos estos problemas obligan a Gouda a defender interpretaciones cautelosas y matizadas.

La estructura de la obra refleja una progresión desde los aspectos más generales y teóricos hasta el estudio regional de casos concretos, para terminar con una valoración general y conclusiva. El largo índice de ocho páginas (pp. 9–16) revela un tipo de análisis sistemático y minucioso, aunque quizás poco imaginativo. La compartimentación en once capítulos subdivididos en varios apartados facilita la consulta del libro y la búsqueda de información puntual. La labor de síntesis realizada por la autora es encomiable, teniendo en cuenta el abundante y rico legado arqueológico de las culturas ibéricas. Destaca también el discurso equilibrado, combinando apartados descriptivos con otros relativos a la teoría y la interpretación.

La obra se inicia con una introducción que comprende los objetivos y método del trabajo, la delimitación del ámbito espacio-temporal y, finalmente, una presentación general de las fuentes. Las referencias literarias se encuentran dispersas en las obras de Polibio, Apiano, Livio y Estrabón, entre otros. La epigrafía comprende textos no sólo en escritura latina, sino también ibérica, la cual alcanzó su máxima expansión, paradójicamente, con la llegada de Roma y los inicios de la latinización. Otras fuentes son la numismática y, en un lugar destacado, la arqueología, tanto las evidencias arquitectónicas in situ como los restos de cerámica ibérica, campaniense y ánforas.

El segundo capítulo está dedicado a la teoría y evolución historiográfica. Tras un primer apartado (2.1) sobre las cuestiones de «identidad, etnicidad y cultura», el siguiente (2.2) pone de manifiesto el cambio semántico que ha experimentado con el paso del tiempo el término de «romanización» desde que comenzara a ser usado por Theodor Mommsen y otros historiadores contemporáneos a fines del decimonoveno siglo.

El rechazo más o menos contundente y generalizado en las últimas décadas hacia este concepto ha provocado la búsqueda de ideas alternativas y la introducción de nuevos vocablos que puedan suplantarle en el lenguaje historiográfico. Aunque debido a la inercia y a su gran arraigo académico el término como tal sigue en uso, el significado que encierra ha sido una y otra vez reinventado. Con objeto de profundizar en esta revisión crítica, Gouda hace un repaso de las herramientas conceptuales de época contemporánea asociadas a la idea de romanización: teoría postcolonial, centro y periferia, zonas

de contacto y redes, auto-romanización, aculturación y asimilación, integración, sincretismo y resistencia, etcétera. Finalmente, tras ser contrastados en el apartado 2.3 los modelos teóricos con la realidad histórica, el segundo capítulo termina con un estado de la investigación aplicado a la Península Ibérica (2.4).

El tercer capítulo aborda el establecimiento de fenicios, griegos y púnicos en la Península Ibérica como condicionante del desarrollo histórico y cultural de los íberos. La presencia fenicia desde el noveno u octavo siglo a. C. en la costas meridionales de la actual Andalucía propició la integración de los indígenas en los circuitos comerciales del Mediterráneo. La rica cultura de Tartessos se presenta como un ejemplo significativo de la respuesta local ante estímulos comerciales externos. Desde el sexto siglo a. C., en que tuvieron lugar las fundaciones en el Noreste de Emporion y Rhode, cabe diferenciar en el Mediterráneo ibérico dos zonas de influencia: la septentrional griega y la meridional fenicia. Finalmente, la expansión bárquida en la Península Ibérica, tras la derrota de Cartago en la Primera Guerra Púnica, significó un nuevo factor externo de transformación en el área ibérica. La presencia púnica se superpuso en parte a la fenicia, como se observa en Gadir, pero su ámbito geográfico fue mayor y se concretó en fundaciones nuevas, como Carthago Nova.

El cuarto capítulo se centra en el estudio individual de los íberos. En la medida de lo posible la autora se limita a la etapa prerromana (entre el sexto y el segundo siglo), si bien en algunos casos este marco cronológico es superado y alcanza la época romana (especialmente en el apartado 4.10 sobre el uso de la moneda). Los principales aspectos históricos y culturales son sintetizados, comenzando por la historia de la investigación (4.1). Ésta puede remontarse a fines del decimoveno siglo, a raíz de la valoración de importantes descubrimientos de esculturas, como las halladas en Cerro de los Santos desde 1860 y la famosa «Dama de Elche», descubierta quince años más tarde. Los apartados 4.2 y 4.3 tratan, respectivamente, sobre la diferenciación de áreas culturales entre los íberos y la cronología de las distintas fases de su evolución cultural. A continuación, a lo largo de los siguientes siete apartados, se ofrece un panorama general acerca de los aspectos esenciales de la cultura ibérica, como son la escritura (adaptada a partir del alfabeto fenicio y griego), la cerámica, el poblamiento basado en oppida, el mundo funerario y religioso, la economía productiva, el comercio y, finalmente, los inicios del uso y acuñación de la moneda.

En el quinto y sexto capítulo la atención se centra en la conquista y dominación romana en la Península Ibérica. La autora ofrece una apretada síntesis de las campañas militares romanas en territorio hispano, incluyendo aquellas que no se desarrollaron en el área ibérica (5.2). La exposición abarca, por lo tanto, la etapa de dos siglos comprendida entre el inicio de la Segunda Guerra Púnica (218 a. C.) y el fin de las Guerras Cántabras (19 a. C.). Las bases de la administración provincial romana son explicadas (5.3), desde la atribución de la zona ibérica

a las provincias de Hispania Ulterior y Citerior en el año 197 a. C. hasta las posteriores reformas de Augusto. Otros apartados se refieren a la presencia militar (5.4) y a las nuevas condiciones de la economía y del comercio romanos (5.5).

La implantación de la civitas como unidad político-administrativa y el proceso de integración de los hispanos en la ciudadanía romana son tenidos en cuenta, pero en general estos aspectos jurídicos que aparecen reflejados en las fuentes escritas reciben un menor desarrollo en la obra. Por el contrario, la atención prestada a la documentación arqueológica favorece el análisis sobre el terreno de las formas del hábitat rural y urbano. Los asentamientos romanos son tipificados, así como las innovaciones en materia de construcción y ornamentación arquitectónica. En especial la villa es valorada como un elemento portador de la aculturación romana, hasta el punto de ser identificada una «Villenkultur» (pp. 202 s.).

Los siguientes tres capítulos están dedicados al estudio de casos concretos en las tres grandes áreas geográficas en que ha sido dividido el ámbito ibérico: Noreste, Levante y Sur (vid. mapa en p. 561, fig. 2). Estos tres capítulos tienen una estructura semejante, de manera que en cada uno de ellos se analizan los centros urbanos y yacimientos arqueológicos de carácter rural más importantes, para terminar con un apartado general sobre la historia del desarrollo del poblamiento.

En el séptimo capítulo, dedicado al área del Noreste, es estudiado con detalle el caso de Emporion, la más importante fundación colonial griega de la Península Ibérica. A continuación, se presenta la fase republicana de Tarraco y el poblamiento en las comarcas de Ampurdán, Maresme y área del ager Tarraconensis.

En el octavo capítulo se recogen los casos del Levante. Se trata de cuatro importantes centros urbanos, todos ellos situados en la costa o muy próximos a ella: Saguntum, Valentia, Lucentum, Ilici y Carthago Nova (con sus dos etapas: púnica y romana). Se añaden además los oppida y asentamientos rurales localizados en los alrededores de Valentia y el Sur de Levante. Otro apartado está dedicado a los santuarios de carácter extra-urbano que se hallan concentrados en el área de la Contestania.

Por último, en el noveno capítulo la autora sintetiza la información relativa a varios ejemplos del área meridional. Se trata de ciudades importantes de la Hispania Ulterior, siete de ellas situadas en la cuenca del Guadalquivir (Corduba, Castulo, Iliturgi, Obulco, Italica, Urso y Carmo) y dos en la costa, en torno al Estrecho de Gibraltar (Baelo Claudia y Carteia). Se añade también un panorama del poblamiento en la zona de la Alta Andalucía y en el bajo y medio valle del Guadalquivir.

El décimo capítulo está dedicado a las conclusiones sobre uno de los temas más desarrollados a lo largo del libro y donde más logros se obtienen: la organización territorial. En un apartado sobre la urbanística (10.1) se explican las aportaciones romanas en este terreno y su difusión en el ámbito indígena, especialmente desde fines del primer siglo a. C.: construcción de murallas y de obras relacionadas con el abastecimiento de agua

(canalizaciones y termas), foros en los centros urbanos, templos y teatros. La autora destaca el papel activo de las élites locales en la recepción de estas innovaciones.

Finalmente, las conclusiones generales de la obra son presentadas en el undécimo capítulo. Gouda pone de manifiesto la pluralidad de respuestas y reacciones de los íberos ante la irradiación cultural romana. Esta diversidad es explicada en el marco de las tres grandes opciones que cabe suponer: resistencia, pluralidad intercultural e integración.

El apartado 11.1, dedicado a la resistencia, valora los episodios de sublevación militar en Hispania, como el que tuvo lugar en el año 197 a. C., así como el controvertido papel desempeñado por los indígenas en la guerra sertoriana. El debate, reavivado una y otra vez, consiste en determinar si la participación de los hispanos en esta contienda civil que tuvo por escenario la Península Ibérica es síntoma de su romanización, en el sentido de plena identificación con las luchas internas romanas, o por el contrario delata separación e intereses autónomos y oportunistas por su parte.

Bajo el rótulo de pluralidad intercultural el siguiente apartado (11.2) explora otra posible forma de resistencia a la romanización, en este caso no activa, sino pasiva y sutil. La autora habla de una resistencia pacífica que podría observarse en el arte y otras manifestaciones culturales de los íberos. Reconoce, no obstante, que la valoración de este fenómeno es siempre subjetiva, pues es difícil discernir entre simples pervivencias indígenas debidas a la inercia y una resistencia voluntaria a la cultura romana. La cuestión, en todo caso, es interesante y permanece abierta a la mirada del investigador.

La tercera gran respuesta fue la integración, sin que por ella deba entenderse asimilación ni eliminación de las diferencias culturales (p. 458). En el apartado que analiza este tipo de respuesta (11.3) se subraya la reciprocidad en el intercambio de elementos romanos e ibéricos y, por consiguiente, la «iberización» que puede apreciarse en algunos ámbitos. En esta comunicación cultural se defiende que Roma no desarrolló un papel activo. Precisamente, su pasividad habría tenido consecuencias integradoras. Según la autora, la romanización no se desencadenó por el contacto con los sujetos que portaban la cultura romana (soldados, comerciantes), sino por la directa introducción en la sociedad ibérica de nuevos elementos que estimularon de forma automática el cambio cultural (impuestos, nuevas mercancías). Dicho de otro modo, la transformación no se debió al mimetismo con los recién llegados, sino a las novedades como tales que éstos introdujeron en el medio indígena. El resultado fue, en palabras de Gouda, el desarrollo de una cultura mixta estable (p. 461).

El libro se completa con una bibliografía y cincuenta y seis páginas de ilustraciones, donde se incluyen mapas, planos, fotografías y dibujos que ilustran algunos de los elementos más sobresalientes de la cultura material ibérica.

En conclusión, nos encontramos ante una obra que intenta ofrecer un enfoque distinto de la romanización

a partir de una mirada esencialmente arqueológica. Como se deduce del título, lo que más interesa a la autora es comprender el proceso de cambio cultural y no tanto describir los resultados del mismo. Elige para ello una época de invención de nuevos mecanismos de dominación y expansión del Estado romano, como fue la República, y una zona especialmente compleja debido al cruce de culturas, como fue la ibérica, donde dichos mecanismos fueron experimentados.

Considerando sus objetivos esta obra enseña que la búsqueda de nuevos conceptos y los cambios de «perspectiva» favorecen la necesaria renovación historiográfica. Ciertamente, si en la mayor parte del vigésimo siglo la romanización fue una horma simple y cómoda que permitió medir más que explicar la intensidad del cambio cultural en las provincias del Imperio romano, en la actualidad el cuestionamiento de esta herramienta interpretativa se ha convertido en otra forma de escribir la historia provincial romana.

Santander (Cantabria)

Alicia Ruiz Gutiérrez